



MI ÚLTIMO ARTÍCULO.

ALGUNAS veces, cuando tomo la pluma como toma el galeote su remo, digo para mí: ¿cuál será mi último artículo? La muerte vendrá á sorprenderme acaso cuando apenas haya trazado el título ó las primeras líneas de un artículo cualquiera. ¿Cuál será?

Siento cariño por ese hijo desconocido á quien dejaré tan pequeñito y huérfano. Yo quisiera decirle:—No es mi culpa; me arrancan de tu lado! Habría querido verte brillar, como á tus hermanos en el mundo; pero sólo pude besar tu frente antes de partir, como besa el padre los cabellos rubios ó negros del hijo que duerme en la cuna y corre á un duelo... y allí muere.

Tal vez la muerte me permita leer mi artículo... Lo escribiré enfermo... lo escribiré agobiado por esa vaga tristeza que es como la sombra de la eternidad ya próxima; pero... es preciso ganar el pan de cada día... lo escribiré. Tal vez sea muy ingenioso... muy agudo... tal vez haga reír... Acaso—¿por qué no?—sea franco... franco... y haga llorar á algunas almas buenas. Lo más probable es que sea tonto. Pero, de todas suertes, esta idea me preocupa: ¿cómo será?

Parece que el hombre, por decreto del destino, empieza muchas cosas y muy pocas concluye. La vida es lo único que está bien cierto de acabar. Creemos haber terminado una obra, un libro, y al releerlo hallamos que nuestro entendimiento ha caminado algunos pasos adelante, y que el libro, como la som-

bra de los que marchan siempre de cara al sol, se queda atrás. Un deseo irresistible de producir, un apetito inmenso de procreación intelectual, nos agita y azuza. Pero esas criaturas engendradas en un encuentro fortuito, en la sombra de un túnel, nacen desmedradas. Después, nos avergüenzan. Las queremos, porque al cabo y al fin, son hijas nuestras; pero las queremos con lástima. Sentimos el deseo callado de esconderlas. Y, sin embargo, estamos bien seguros de que pudieron haber sido muy hermosas.

Y este alínco de producir, de echar al mundo las criaturas de nuestro entendimiento, crece á medida que la existencia avanza. Se diría que la muerte está llamando y que nos dice—¡Vamos... Apresúrate!—Entonces, se vuelve la vista atrás y hasta aquellas hijas de nuestro capricho ó de nuestra reflexión, que antes nos parecieron pálidas y enfermas, y á las que por eso guardamos, con rubor, en los cajones secretos del bufete, hasta á esas pobres desdeñadas, las decimos: ¡Salid á luz! Vuestros vestidos son muy pobres; pero no hay tiempo ya para buscarlos otros.... En el lecho de la agonía os legitimamos!—

Víctor Hugo coleccionó, en los últimos años de su vida, fragmentos de poesías, bases de columna, plintos y capiteles aislados, todos los elementos dispersos de obras magnas que no llegaron jamás á realizarse.

El poeta siente la necesidad de dar á los pósteros no sólo el peso fuerte de su ingenio, sino también los centavos. Es como el jugador que, cuando ya ha perdido los billetes de

Banco, las monedas de oro y las de plata, registra los bolsillos de su pantalón y, si encuentra alguna moneda menuda, la pone á un número de la ruleta. Siente la imperiosa necesidad de perder todo.

En ciertos casos, la vida nos parecería buena si tuviéramos la facultad de recomenzarla. Es desastroso no poder corregir las pruebas de la vida. Pero el tren avanza, las estaciones quedan atrás, y como la existencia es un «tren rápido,» no se detiene en parte alguna. Para el artista que siente cómo los brazos que antes le ceñían se van abriendo y aflojando, dos son los supremos dolores: Sentir lo incompleto de sus creaciones y la impotencia de dar vida á los seres que le bullen todavía en la imaginación. Toda vida de artista es vida trunca. Sólo la vida de los necios está hecha de una pieza. Es todo lo que se llama un monolito.

Cuando Chénier, al subir al cadalso, exclamó, tocándose la frente:—¡Aquí había algo!—expresó la amargura profundísima con que muere el artista verdadero.

Las hijas predilectas de nuestra inteligencia son las que nadie conoce. Se parecen á las muchachas hacendosas que no concurren á bailes, que no van á teatros, que no tienen novios; pero que siempre son las preferidas en la casa. Suelen venir muy tímidas á nuestro gabinete de trabajo, y decimos á media voz:—¡Qué... no salimos?— Pero de tal manera las amamos, que al verlas en la calle, de trapillo, preferimos tenerlas encerradas.

Por eso contesta el padre á sus desconocidas criaturas:—Aguardad!... Cuando sea rico, cuando haya estudiado mucho, cuando pueda dáros la clámide ó el vestido de damasco ó las frementes alas de águila, entonces os entregaré á la admiración!

Esperando esas dichas que no llegan, quédanse en los desvanes del cerebro—como dijo un poeta—y cuando llama la impasible muerte y sus labios de mármol se entreabren y de esos labios brota el—¡ven! ¡ya es hora!—sentimos hondo, intenso desconsuelo, por no haberlas lanzado al aire libre, por haberlas tenido en reclusión, y nos despedimos entonces de la vida, diciéndolas aquellos versos memorables de un gran poeta sevillano:

No me admira tu olvido: aunque de un día,
Me admiró tu cariño mucho más,
Porque lo que hay en mí que vale algo,
Eso... ni lo pudiste sospechar!

La novela soñada, el drama concebido, la obra para cuya realización quisimos enalte-

cernos y purificarnos, como se purifica el niño para su primera comunión, quedan en el sagrario del espíritu. Tal vez van con nosotros á la tumba y allí nos perdonan el haber sido carceleros, y en estrecho abrazo, como el de Cuasimodo y Esmeralda, nos consuelan.

El artista no llora lo que deja en el mundo, sino lo que se lleva. La frase más sentida, la más sublime, es la que calla—¿Cuál será mi último artículo?—preguntaba yo al empezar éste. Pues será algún artículo banal, alguna picesita de tocador, un juguete de porcelana ó terracota. El artículo en que condense mis ideales, el artículo en que ponga el alma toda, es el artículo que jamás escribiré.

M. GUTIÉRREZ NAJERA.

PARA ENTONCES.

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes
ya con el cielo y con el mar á solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven; antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona!

M. GUTIÉRREZ NAJERA.

1887

(*) Esta composición ha servido, por encargo expreso del nunca bien llorado Duque Job, para abrir el tomo en que se coleccionaron sus versos. La edición respectiva, hecha á expensas de los amigos y admiradores del glorioso poeta, encuéntrase ya muy adelantada en los momentos en que sale á luz este Almanaque.—N. del E.



HERMINIA

ESCENA DRAMÁTICA ORIGINAL

DE DON JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.

Una playa.—La mar en calma hasta que la acotación lo indique.—Una farola á la derecha del espectador y al pie del poste que la sostiene, un pequeño montículo de roca.—Acaba de ocultarse el sol.

Aparece Herminia sentada sobre el montículo, contemplando el mar. Comenzará á hablar algunos segundos después de levantado el telón.

Mar azul, blanca ribera,
Testigos de mi alegría
Y de mi ilusión primera,
Testigos de esta agonía
Que ni sospeché siquiera,
Mudas como siempre estáis
Por más que triste me véis,
Por más que al ir os lleváis
Suspiros que me traéis
Del que como yo adoráis,
Volvedme las lisonjeras

Dichas con que dí en soñar:
Sabéis que son las primeras,
Arenas de estas riberas,
Olas azules del mar.
Vosotras sabéis que aquí
Llena de placer le ví,
Sin sospechas de dolor,
Que en este sitio le dí
Mi juramento de amor.
Que oí el suyo sonar
En frases mil verdaderas,
En este mismo lugar,
Arenas de estas riberas,
Olas azules del mar.
Preguntadle por favor
A la brisa agitadora

Que tiene aliento y rumor,
¿Por qué no trae á mi amor
En su barca pescadora;
Por qué lo alejan de aquí
Donde aguardo las mercedes
De su ardiente frenesí;
Por qué no alija sus redes
Y torna pensando en mí?
¿Por qué me llena de pena
Y no viene á acariciar
A su preciosa sirena,
Como me ha dado en llamar
Cuando de amor se enajena?
Pero ¿estáis tristes y mudas
Olas y arenas?..... Calláis,
Y con el silencio estáis
Acrecentando estas dudas,
Sin saber que me matáis!

(Se levanta).

Desventurada de mí!
Aquí estoy desde la aurora
Pensando, Carlos, en tí,
Dí por qué no vienes, dí,
A mirar á quien te llora?
Desde anoche yo no sé
Cómo vivo, cómo aliento
Sin esperanza y sin fe,
Que contigo se me fué
Corazón y pensamiento!
Desde anoche no es vivir
Esta cruel vida sin calma,
Que es toda amar y sufrir,
Y va, ahogándose, á morir
En sus lágrimas el alma!

(Llama á Carlos gritando con desesperación).

¡Carlos!..... nada..... ¡Carlos mío!
¡Nada!..... ¡silencio profundo!
El horizonte sombrío.....
¡Y en ese piélagos impío
De mis amores, el mundo!
¿Por qué mi padre me dió
Libros en donde leí
Todo cuanto el hombre amó?
¿Por qué leyendo aprendí
Cuanto la pasión soñó?
¿Y por qué entonces, Dios mío,
Tú que al fin todo lo sabes,
No le diste á mi albedrío
Alas, con el poderío
De volar como las aves?

(Comienza el mar á agitarse).

Volaría á donde estás,
Carlos, prenda de mi vida,
Y de tí siempre detrás,
Fuera tu esclava querida,
Y sin dejarte jamás.

(Cambia de tono: con acento de reproche).

Te lo dije..... Con razón
Te lo dije aquel momento
De abrumadora aficción.....
¡Tenía el presentimiento

Guardado en el corazón!

(Se enciende el aire con la luz de un relámpago).

¡Ah! la tormenta..... sí..... sí,
Es la ráfaga violenta
Que azota mi frente así
El ala de la tormenta
Que se viene sobre mí.
¡Ah!..... ¡favor! el trueno zumba....
Parece que se derrumba
La inmensa bóveda lejos,
Y del rayo á los reflejos
Miro el mar como una tumba!
Cuántas veces ¡ay! corrí
De este sitio al contemplar
Esas olas, cuando así
En horrisono bramar
Alzábanse contra mí.
Y ahora las desafío,
Y hasta me arrojara en ellas
A buscar al dueño mío,
Del trueno al roncar bravío,
Y al fulgor de las centellas.

(Pausa ligera).

¡Oh! qué espantosa negrura
¡Y qué repentino miedo
Llena mi alma de pavor!
¡Mi inquietud y mi amargura
Son de la muerte el remedo!
Siento que en mi seno estrecho
Se contrae el corazón
En llanto ardiente deshecho,
Que ya no late en mi pecho,
Que me anonada el turbión!
¡Llueve..... sí..... ¿Dónde estará?
¿Por qué antes de hundirse el sol
No le ví á mi lado ya?
Pero..... ¿qué es eso? ¿Será
De su barca ese farol?
Mirando estoy alumbrar
De la sombra entre el capuz,
Como un rojo luminar
Que sigue, radiante luz,
Los movimientos del mar.
Ya se sumerge..... ya asciende.....
Conforme el esquife hiende
Las ondas con rauda quilla.....
¡Así se apaga y enciende
La esperanza cuando brilla!
Así yo la siento en mí:
Faro de amor y consuelo,
Faro que se oculta allí
Donde hoy perderse le ví.....
¡Faro que alumbraba en el cielo!
Cuando aparezcas mañana
Y atraveses el cristal
Pálido de mi ventana,
Dime, sol, si siempre ufana
Veré tu luz celestial!
Si la he de ver como veo
Esa luz que lenta avanza
Y alimenta mi deseo

Con ansias de devaneo,
Con caricias de esperanza!

(Se vuelve hacia el mar).

Ya se acerca más y más,
Sólo un instante se pierde
De la ola inmensa detrás.....
Ya ví el cristal rojo y verde
Del farol..... ¡jél es!..... Jamás,
Jamás sentí lo que siento
En este instante dichoso
De amor y de arrobamiento.....
¡Desencadénate, viento,
Sobre ese mar proceloso!
Desencadénate y ruja
Tu aliento al hinchar la vela,
Aunque el débil mástil cruja.....
Y tú, al sentir que te empuja,
Barca de mi amado, vuela!
Vuela..... ven..... así..... así
Acércate más á mí.....
¿No me miras? ¿No me ves?
Aunque te abras á mis pies,
Aunque te estrelles aquí;
Corta la onda, barquilla,
¿No ve tu dueño en mis ojos
La luz del amor que brilla?
¿No ve que el mar tiene enojos
Y está la paz en la orilla?
¿Que está su prenda adorada
Del dolor en el exceso,
Sufriendo desesperada?
¿Que le espera enamorada
Para regalarle un beso?
Cese al cabo mi dolor,
Pierda al fin tan hondo afán
Su ceño avasallador.....
¡Qué hermoso viene el amor
En alas del huracán!
Ya te acercas..... ya..... ya..... ¡ven!

(Llega á la playa, encallándose, una barca pescadora que trae á remolque un bote pescador).

Ven, que se abraza mi sien,
Carlos mío, yo te adoro.....
Ya no lloro, ya no lloro.....
¿No me respondes, mi bien?
Carlos..... mi Carlos..... mi vida.....
Ah! ¿dónde estás? ¿no respondes?
Mira tu ilusión querida,
Como tú, de amor perdida.....
¡Te he de hallar si te me escondes!

(Toma el farol y registra la barca por fuera, reconociéndola, presa de la mayor agitación).

¡Ah! ¡Las redes nada más!

(Levantando las redes).

¿Qué es esto, Carlos? ¿qué es esto
Que yo no sentí jamás?
Todo lo miro en su puesto;
Pero tú..... ¿en dónde estás?
No está ni aquí, ni en el bote.....
Sal ya de tu camarote
O bajo yo..... ¡Bajo yo!

(Baja).

¡Ah! (Sale) ¡Jesús! Sólo el capote.

(Esto lo dice desesperada y dando un grito al decir «Ah!»—Luego baja al proscenio y arroja el capote).

¡Carlos!... ¡Carlos!... ¡no!... ¡no!... ¡no!

(Al decir los tres «no» en distinto tono, comienza su delirio).

¿Acaso un golpe de mar
Me lo pudo arrebatarse?
¿Carlos muerto? ¡Eso no es cierto!
¡Carlos! ¡Carlos! ¡Jesús! ¡Muerto!

(Cae de rodillas—Momento de pausa—Vuelve á levantarse delirante y adoptando un tono confidencial).

Pues bien, ¡yo te he de encontrar!
Allá muy hondo, muy hondo,
Del mar azul en el fondo,
Hay palacios de zafir.....
Y allí contigo me escondo
¡Y allí podremos vivir!
Son los techos de coral,
Las paredes de cristal,
De perlas el pavimento.....
Espera, Carlos, no miento
¡Te estoy hablando formal!

(Después, como si sus padres estuvieran presentes, les dice con el apasionado acento de la ternura).

Adiós, padre..... madre mía,
Dadme un beso..... adiós, adiós.
Lo siento porque os quería;
Mas sin él me moriría,
Y de él, madre, voy en pos.
¡Madre qué frío, qué frío.....!
Con el capote de Carlos

(Se envuelve con el capote).

Voy á envolverme. ¡Dios mío!
No es ni maldad, ni desvío.....
Pero debo abandonarlos.
Necesita mi pasión
Guardar su doble ilusión
Bajo el manto de la ola.....
¡Se siente el alma tan sola
Con un solo corazón!
Yo tengo otro, tengo el de él,
Tan hermoso, tan valiente
Y tan honrado y tan fiel!

(Se oye un trueno).

¡Zumba, tempestad crüel,
Sobre mi pálida frente!
Voy en busca de mi amor,
De mis ilusiones todas.....
¡Padre!... ¡Madre!... ¡Habéis oído?
Pues, si queréis, os convido
Para mi noche de bodas!

(Se aleja y entra en el mar en donde se va sumergiendo mientras dice):

Para tí y para mí
Cesará pronto este anhelo,
¡Carlos! ¡Carlos! voy por tí,
Y si no te encuentro aquí
Te iré á buscar hasta el cielo!

CAE EL TELÓN
en el momento en que Herminia desaparece cubierta por una ola.